CRÓNICA

LA GRIPPE SE AGUDIZA.—EN EL CAMPO.—EN LAS PROVINCIAS HERMANAS.—EL YODO.—EL AJO.

LA enfermedad de la grippe, que fué el tema principal de la crónica anterior, va a ser también en la presente el motivo que más atraiga nuestra atención, pues ha sido por desgracia, durante la quincena la preocupación general del país.

A los comienzos de la quincena, puede decirse que llegó la epidemia a su más alto grado de intensidad en nuestra Ciudad, alcanzando la mortalidad cifras verdaderamente alarmantes, pues hubo día que pasó de cuarenta el número de defunciones.

Esta situación anormal sirvió para que las autoridades desplegaran todo su celo, así como el cuerpo médico, que se centuplicó en el cumplimiento de su penoso deber. Gracias a tales esfuerzos, se ha logrado contener la marcha aterradora de la cruel enfermedad y al expirar el mes, parece que también se amortiguan los terribles efectos de la epidemia y se vislumbra su término para un plazo próximo.

*
* *

Eso en la Ciudad, pero en los alrededores parece que ha sonado la hora de ataque y la despiadada epidemia comienza a causar verdaderos estragos en las humildes viviendas de nuestros honrados baserritarras.

Resulta así, como si esperara la enfermedad a cumplir su sangrienta misión en la ciudad, para extender por el campo su maléfica y devastadora acción.

También en los pueblos de la provincia ha hecho su presentación con aparato abrumador. Los médicos titulares de las aldeas no pueden atender a tanto enfermo extendido por su amplia jurisdicción. Algunos de estos beneméritos hijos de la Ciencia, han caído enfermos bajo el

peso agobiante de una labor superior a toda resistencia, o por efecto del inevitable contagio, en quienes no pueden aislarse de la enfermedad, por tener que combatirla. Faltan médicos, escasean las medicinas, la epidemia se extiende.....

Sin embargo, para todo hay remedio, cuando existe la voluntad de vencer y las autoridades de todos órdenes han demostrado en esta ocasión su plausible propósito de combatir la cruel epidemia, cueste lo que cueste, y haciendo uso de todos los procedimientos.

Así, a la falta de personal médico, se ha respondido hallando médicos de otras localidades, que se han trasladado a los puntos donde la epidemia se había cebado en los facultativos titulares, a la falta de medicamentos, arbitrándolos de donde hubiera, y a la necesidad y miseria, obligado corolario de tan cruel enfermedad, con el producto de las generosas limosnas recogidas en las públicas suscripciones, encabezadas por las corporaciones populares del país.

Si la enfermedad se ha presentado con carácter aterrador, la defensa organizada por nuestras autoridades con el generoso concurso de la sufrida clase médica, ha podido hacerla frente y prosigue sin descanso en su plausible labor, hasta extirpar por completo los mismos gérmenes de la despiadada epidemia.

Y llevan traza de salir victoriosas en esta cruenta lucha, unidas por el más elevado humanitarismo.

*
* *

No se han librado del cruel azote las provincias hermanas, y Navarra y Alava, y en especial sus capitales, han experimentado los dolorosos efectos de esta insaciable enfermedad.

Pero allí como aquí, el celo de las autoridades y la competencia, actividad y solicitud del cuerpo médico, han hecho verdaderos prodigios para contener los efectos destructores de la terrible plaga y aminorar en cuanto ha sido posible sus fatales consecuencias.

Donde la epidemia se ha mostrado con más graves caracteres ha sido en la activa e industriosa capital hermana de Bilbao, pero si la enfermedad se ha mostrado con caracteres alarmantes, las autoridades y cuerpo médico de la villa, y en general todo el vecindario, se han aprestado a la defensa con esa decisión y esa energía características y reconocidas siempre en los esforzados hijos de la capital vizcaína.

No ha habido medio de que no se haya echado mano para combatir

resuelta y denodadamente la implacable enfermedad; asistencia médica inmediata y continuada, obtención de medicamentos en cantidades necesarias, socorros repartidos con generosa prodigalidad, desinfección de viviendas, pero todo ello con rapidez, con decisión y energía.

En esta forma han podido contener los avances de la cruenta epidemia, amortiguar sus efectos y llegar casi a la total extinción.

*
* *

Hemos dicho al principio, que la traidora grippe fué durante la quincena la preocupación general en todo el país. Y siendo ésta la preocupación, natural y lógico es que sus efectos y la manera de combatirlos constituyeran el obligado tema de pensamientos, escritos y conversaciones.

La manera de preservarse de tan cruel enfermedad era una verdadera obsesión, y miles de procedimientos se vaticinaban con mayor o menor fortuna.

El elemento que más incondicionales ha tenido, ha sido el yodo. El yodo como preservativo y como agente combativo.

Por las columnas de la Prensa han rodado sin fin de comunicados, preconizando las excelencias de este agente desinfectante y encomiando los grandes éxitos empleados con su uso.

De los periódicos pasaba a las conversaciones caseras y ya el yodo venía a ser el antídoto a que se recurría antes y después de caer víctima de la malhadada epidemia.

Pudieron con el yodo parodiar el verso ya conocido de

Ron en la alimentación
Ron cuando me encuentro enfermo
y hasta ron...co cuando duermo
para que todo sea ron.

Pero también se han cantado las excelencias de otros productos, si no tan científicos, cuando menos de una virtud aséptica reconocida por el pueblo.

Entre ellos figura en primer término el ajo.

Su anuncio ha dado lugar a todo género de comentarios, desde la despectiva chirigota, hasta la encomiástica recomendación de autoridades médicas.

Y ha tenido, como es natural, sus incondicionales adeptos.

Lo malo es que muchos de los incondicionales quieren ajos..... con chuletas.

TEA.